

Es una hermosa y necesaria lección de diversidad, tan necesaria en estos tiempos aciagos.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO

Inorgánico y sin elaboración

Historia diplomática de Colombia. La Gran Colombia.

Alfredo Vázquez Carrizosa

Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1993, 376 págs.

Este libro, el primero de “una serie de tres que pretende cubrir la historia de las relaciones internacionales de Colombia” —según se indica en el prólogo—, tiene como objetivo “enseñar a las nuevas generaciones [...] el manejo de los asuntos internacionales del país”, a través del uso de “un esquema sencillo de indicación de las tesis fundamentales y de los episodios más destacados de nuestra actividad exterior”, evitando —promesa incumplida— la anécdota, con la intención de redactar “un manual de doctrinas sacadas de los textos mismos de nuestros diplomáticos [,] como de las actitudes sobresalientes”. Un objetivo didáctico loable, pero no de fácil cumplimiento.

Desde el punto de vista cronológico, esta *Historia diplomática* abarca “los diez años fulgurantes” que van desde el Congreso de Angostura (1819) hasta la separación de Bolívar del poder (1829). Un período realmente sobresaliente. En el plano internacional se trata de una fase de “restauración”: el fin de las guerras napoleónicas, el restablecimiento de Fernando VII en el trono español y el dominio de la política europea por la Santa Alianza. Y en el plano nacional se trata de años riquísimos en hechos e iniciativas diplomáticos, relacionados con la determinación de las fronteras de los nuevos países en formación, con las primeras experiencias de una política continental, con la búsqueda de reconocimiento en el plano internacional y con profundas tensiones —que la sociedad no dejaba de

percibir— en lo que tiene que ver con los nuevos esquemas de relación con la Santa Sede. Como se ve, un período realmente llamativo para la investigación.

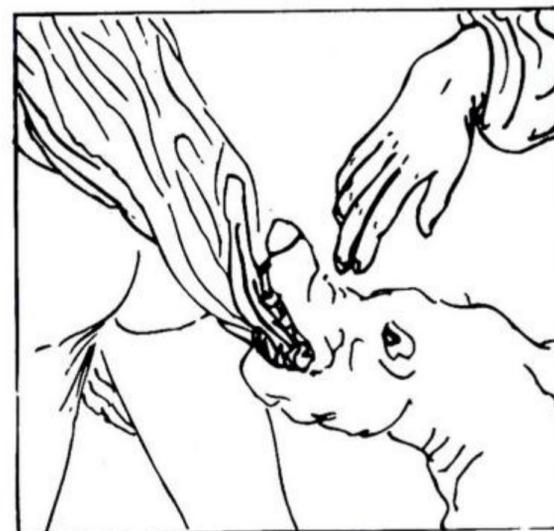
Sin embargo, muchas dudas asaltan al lector después de una primera lectura. Dudas que parecen confirmadas por una segunda lectura. Y es que, para decirlo de una vez, este libro no tiene objeto, no construye ningún problema. Nombra —de manera bastante inorgánica— un montón de hechos... pero no los elabora. En el extremo, ya que se trata de un texto didáctico, de un pretendido manual (¡y cuánta falta nos hace un buen manual en este y otros terrenos!), ni siquiera ordena ni clasifica los datos que por páginas y páginas se repiten.

Con todo el respeto que merece la obra pública y docente del autor de este libro, hay que decirlo con claridad, repitiendo las viejas palabras programáticas de Lucien Febvre, dichas ya a principios de siglo: “Pas de problème... pas d'histoire”. Tratemos de comprobarlo, en la brevedad de una reseña, observando el tratamiento que se ofrece de dos o tres problemas básicos.

Primero, el elemental problema de límites. Como se sabe, un inicial dolor de cabeza de las jóvenes repúblicas, por razones históricas perfectamente explicables y conocidas. Los límites efectivos de los distintos espacios regionales en que se constituirán los nuevos Estados jamás estuvieron claramente definidos. Las jurisdicciones fueron siempre un punto de enfrentamiento y hubo territorios (por ejemplo, el actual Ecuador y la propia provincia de Popayán) cuya asignación a uno u otro virreinato fue siempre objeto de discusión. En razón de ello, y no de la mala voluntad de nadie ni de la incompreensión del “genio” de Bolívar, la doctrina “colombiana” del “uti possidetis juris de 1810” (reconocimiento de la soberanía definida por los títulos coloniales en el momento de la emancipación), estaba llamada a conocer problemas y fracasos desde el comienzo mismo, porque tal doctrina sencillamente dejaba de lado aspectos básicos de la realidad colonial que se heredaba.

Pero en cambio de un análisis que muestre las condiciones efectivas que impedían la realización de una doctrina o la mostraban como lo que era, es

decir, francamente ilusoria, debemos contentarnos con largos párrafos retóricos como el siguiente: “Los pueblos hispanoamericanos tenían una misma cultura, una religión y unos mismos ideales, además de una sola lengua. Nada podía dividirlos en el momento de la emancipación y todo contribuyó a unificarlos... Los odios nacionales en ese ambiente de fraternidad... mal podían aparecer. Los asuntos de fronteras revestían de esa guisa el carácter de cuestiones internas dentro de un continente unificado en sus propósitos comunes de libertad política” (pág. 259).



En esa misma línea —segundo—, el ultraconocido problema de la perspectiva “continental” de Bolívar, destinada a fracasar desde el primer momento —como en verdad ocurrió—, pues iba contra la corriente de las realidades históricas más elementales de una región que, particularmente a través del comercio, había venido conformando desde por lo menos la segunda mitad del siglo XVIII grupos regionales dominantes y espacios económicos sociales diferenciados. El autor del libro reconoce que la perspectiva continental y su correspondiente política de alianzas estaba en crisis desde antes de reunirse el Congreso de Panamá y que “el ideal había sido superior a las posibilidades inmediatas”. Sí, desde luego, pero como análisis histórico ello es completamente insuficiente y nada se gana hablando a continuación de las “resistencias a Bolívar” o de la falta de “voluntad colectiva” o de “la penuria fiscal”. Todo ello es cierto y conocido. Sólo que no alcanza valor explicativo si no se coloca en relación con los determinantes estructurales de los procesos. Y sobre

esto último... silencio o proliferación de palabras que narran de manera repetida conocidos eventos, casi siempre presentados como producidos por las intenciones o los perfiles psicológicos de los respectivos enviados o delegados de turno.



Finalmente, el problema —ejemplar para una historia diplomática de Colombia— de las relaciones con la Santa Sede. Aquí la situación vuelve a ser la misma: una narrativa prolija que nos comunica las angustias del pobre delegado colombiano, a quien ni siquiera dejan establecer en Roma y de cualquier manera debe estar aquí y allá, sometido a la palabra de este o aquel clérigo-funcionario, sin que la misión de reconocimiento, concordato, patronato y disposición libre de diezmos se concluya jamás... Hasta que un buen día, pero no podemos saber por qué, la Santa Sede muda su política, reconoce la nueva república —aunque de manera práctica desconozca el patronato y se niegue a llamar por sus nuevos títulos de primera autoridad civil al vicepresidente Santander. Los hechos están ahí... Pero ni un solo análisis explicativo sobre los elementos básicos del problema: aquellos que tienen que ver, por ejemplo, en el plano internacional, con las perspectivas de formación de iglesias nacionales en América Latina —gran fantasma del siglo XIX—; y

aquellos otros del plano nacional que permitieran entender la solución que al problema se dio: una sociedad que, en virtud de su más profundo tejido interno, no encontraba la posibilidad de darle un fundamento profano a la ley y que, por ello, no podía adoptar otra solución que la que, casi setenta años después, con la Regeneración, obtuvo un carácter institucional estable. Desde luego, la llamada historia diplomática tiene su propia entidad y se encarga de un tipo particular de hechos. Pero sobre ella pesan determinantes. Ella no puede ser comprendida, aun en un manual, sino por una perspectiva relacional.

¿De dónde pueden proceder, en sentido estricto, las múltiples debilidades de una historia diplomática como la que comentamos? Sin lugar a dudas, de su concepción, la que podemos volver visible por la vía de una rápida consideración sobre la bibliografía utilizada en este libro. No propiamente por su “olvido” de trabajos colombianos y extranjeros —no tan recientes— básicos sobre el problema y el período (M. González sobre Bolívar y el Caribe, J. D. Caicedo sobre Bolívar y lord Canning, M. Deas sobre Santander y los ingleses, S. Randall sobre los Estados Unidos y Colombia, y un gran etcétera). No por ese olvido. Lo que la bibliografía nos revela, a través del tipo de documentos que privilegia, es una concepción, ya inservible, de la historia diplomática, que Lucien Febvre hace muchos años había caracterizado con estas palabras: “Atrincherados detrás de un criterio simplista, el de utilizar sólo documentos diplomáticos propiamente dichos: los de las compilaciones oficiales [...] los de las grandes colecciones nacionales [...] la correspondencia y las memorias de los protagonistas y de los testigos de los acontecimientos, sólo se preocupan de la corteza superficial de su globo, de su esfera político-diplomática [...]” (L. Febvre, “Contra la simple historia diplomática”, en *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, pág. 97).

Debemos agregar, ya para concluir, que la edición de este libro es inaceptable, como producto de una maestría universitaria, y que representa una total falta de consideración para con el

doctor Vázquez Carrizosa. Nosotros, sencillamente, renunciemos a contar el número de errores tipográficos, y los editores y responsables de la obra bien harían en retirarla del mercado para agregarle, cuando menos, una voluminosa fe de erratas.

RENÁN SILVA
Universidad del Valle

El goce de la memoria colectiva

Ole, mire, Pitalito en crónicas

Varios autores

Fundación para las Actividades de Investigación y Desarrollo, Faid, Pitalito, 1992, 112 págs.

Recordar es vivir se ha dicho siempre. Lo han dicho los viejos y los nuevos viejos, quizá porque cada quien conserva en la memoria su ruta personal y siempre es agradable volver a recorrerla triunfante o no, en el ejercicio sin fin de la memoria.

De pronto, para cada quien, sus imágenes son más importantes que las de los demás o, mejor, cada quien ha sido protagonista de lo más importante que ha sucedido a su alrededor y así quiere que lo perciban los demás. Por ello es muy probable que este tipo de recuperación de la memoria colectiva choque con las memorias individuales, aunque a la postre, entre disparidad y disparidad, miradas de reojo y burlas por lo bajo, surja limpia la historia de los pueblos. Esta es la sensación que deja *Ole, mire, Pitalito en crónicas*, publicado por un grupo de profesores con el objeto de recuperar, para las nuevas generaciones, la historia de su región.

Lo primero que conmueve mi afición lectora es su intención totalizadora del pasado, aunque se advierta que es sólo el principio de la recuperación cultural de Pitalito, hoy diluida y desfigurada por el auge del cosmopolitismo. Y en verdad esa suma de fragmentos de la vida colectiva puede llegar a convertir-